644 FA.Foll 005.613

SERMON

EN LA BENDICION DE BANDERAS.

SERMON
EN LA BENDICION DE BANDERAS.

D.

SERMON

QUE

EN LA BENDICION DE BANDERAS Y ESTANDARTES

DE

LA MILICIA URBANA

DE VALENCIA

PREDICÓ

El M. R. P. Fr. Ramon García,

Prior del monasterio de S. Miguel de los Reyes, el dia 14 de junio de 1835.

VALENCIA,

IMPRENTA DE J. DE ORGA Y Cª,

CALLE DEL MILAGRO Nº 19.

1835.

Melius est nos mori in bello, quam videre mala gentis nostræ, et sanctorum.

Mas vale morir en la batalla, que ver el esterminio de nuestra Patria y Santuario.

1. Mach. 3. 59.

ESCMO. SEÑOR:

Nobles y Heroicos Urbanos: Una leve demostracion de vuestro agrado me ha constituido hoy en este lugar honroso, sin que la premura del tiempo ni las dificultades del asunto hayan podido retraerme de complaceros: tal es la identidad de mis principios, y el poderoso influjo que vuestra voluntad egerce en mi corazon. Llamado felizmente á participar de vuestras glorias, mi alma desea con eficacia contribuir á ellas; pero ni el dulce trasporte de mi placer,

ni el entusiasmo que enardece mi pecho, ni el bélico ardor que veo centellear en vuestros ojos, podrán hacerme olvidar que estoy en el templo de Dios; que he venido al santuario de la paz á pronunciar un discurso evangélico, con motivo de una ceremonia religiosa y santa.

No espereis pues que despierte en vuestros corazones ideas de fuego y sangre, ni estimule vuestra ambicion á la consecucion de crueles victorias, que pudieran contrariar de algun modo el espíritu de nuestra Religion; aquella palabra, cuyo ministro soy, es palabra de reconciliacion y de vida, destinada á reunir los griegos y los bárbaros; á hacer que habiten juntos, segun la espresion de un Profeta, el leon y la oveja, el lobo y el cordero, el leopardo y el cabrito; á reunir bajo una misma cabeza todas las lenguas, todas las tribus y todas las naciones; á identificar los intereses de los Príncipes y de los Pueblos; á destruir sus envidias; á poner límites á su ambicion; á grabar en el corazon de todos los hombres el carácter de su soberanía, que consiste principalmente en el amor á la paz. Con él, dicen los Profetas, nacerán la justicia y una paz colmada; á cada paso la Escritura le llama Dios de la paz; en su nacimiento los ángeles publicaron en los aires la paz que venia á traer á la tierra: en su muerte fue la víctima pacífica que desarmó la ira de Dios, y como dice S. Pablo, la sangre que derramó en la cruz estableció la paz entre el cielo y la tierra: resucitado apareció varias veces renovando á los hombres las seguridades de paz; y en el cielo es donde principalmente reina este Rey pacífico sobre los bienaventurados, que le poseen sin orgullo y sin envidia. El amor

de la paz es pues, compatriotas mios, la virtud que Dios aprecia mas en los Reyes y en los Pueblos.

Pero ¿cuál es este amor á la paz, sobre que el Señor impone tan sagrada obligacion á los hombres? ¿Es acaso un vano escrúpulo que aprisiona el valor, por temor de derramar la sangre humana, y ser el azote de algunas provincias? ¿Es una lentitud criminal en tomar las armas, dando tiempo al enemigo para robustecerse y dominar el pais? ¿Es una debilidad que procura evitar la guerra, por temor ó falta de inteligencia? ¿Es una cobardía que sufre que se ultrage impunemente la magestad del Trono, y se hollen los derechos de un Pueblo? ¿Es una moderacion mal entendida, que rehusa debilitar con la fuerza á un enemigo ambicioso y emprendedor? ¿Es en fin el deseo afeminado de vivir tranquilamente en la ociosidad y en los placeres? ¡Ah! No quiera Dios que yo atribuya á la Religion de Jesucristo máximas capaces de envilecer á un Soberano, y abatir el decoro de un Pueblo fiel. Este cobarde amor de la paz haria al Rey un objeto de menosprecio, y llenaria de oprobio á los ciudadanos; turbaria el reposo del Soberano, y afrentaria á la Nacion; degradaria la dignidad del Trono, y el Pueblo en breve se veria precisado á recibir en medio de paz tan vergonzosa, la dura ley que llena de ignominia á los vencidos. No, hermanos mios; el amor de la paz no debe impedir al Príncipe el hacer la guerra por justos motivos, sacrificar algunos ciudadanos al bien de todos ellos, derramar la sangre para restaurar las fuerzas del Reino, y hacer si necesario fuese del teatro de la guerra un teatro de calamidades, para asegurar la pública felici-

dad. ¡Cuántas razones de tomar las armas se hallan aprobadas en las divinas Escrituras! En ellas vemos al Señor, que muy lejos de reprobar una guerra justa y legítima, la manda emprender á su Pueblo. Consultado por los judíos si acometerian á sus vecinos ó combatirian al enemigo, los envia muchas veces al combate: él se nombra con frecuencia el Dios de los egércitos: él es el que prepara las victorias, el que concede los triunfos. Los sagrados libros autorizan hasta el derecho de conquista, cuando es el resultado de una guerra justa y legítima. Y ¿cuáles son los motivos que pueden justificar una guerra?

Cuatro cosas dicen los teólogos, con Santo Tomas, son necesarias para que una guerra sea legítima, á saber: justa causa, autoridad del Príncipe, recta intencion, medios legítimos para obtener el fin.

El Trono de una REINA inocente, los derechos y libertades de un Pueblo que ha jurado sostenerle: he aquí la causa. Ofenderia yo la dignidad y decoro de esta Nacion magnánima si me entrometiera á probar la justicia de ella: el detenido y esquisito exámen que de esta verdad han hecho hombres los mas grandes del Reino, debe tranquilizar nuestras conciencias: el solemne voto de toda la Nobleza española eclesiástica y secular, reunida en el Estamento de ilustres Próceres; el unánime consentimiento de toda la Nacion representada por medio de los señores Procuradores del Reino; el solemne decreto emanado de la autoridad Real, comunicado á todas las provincias y hasta los pueblos y aldeas mas infelices, han consagrado en nuestros corazones este principio. La Religion misma, por el órgano

de sus Prelados, lo ha grabado en nuestras almas: el pleno y universal convencimiento lo ha sancionado como un deber civil y religioso. A su defensa pues nos impele el honor, nos liga la conciencia, nos autoriza la Religion. Tampoco debo detenerme en probar la segunda circunstancia que consiste en la autoridad del Príncipe; esta es una cuestion de hecho que no necesita prueba: pública es la guerra, y públicas son las disposiciones Reales que la autorizan: pública es la ley orgánica para las Milicias urbanas, que discutida por los representantes de la Nacion, y sancionada por la autoridad Real, ha estimulado vuestro honor, y arrancado de vuestros nobles corazones el mas generoso sacrificio en obsequio de la Patria. Este mismo acto solemne con que implorais la proteccion de nuestro Dios, y presentais á los pies de los altares los gloriosos emblemas del valor, para que recaiga sobre ellos la bendicion religiosa, es una demostracion de esta verdad: la presencia de todas las autoridades del Reino, y la asistencia esmerada del Escmo. cabildo, y el numeroso concurso que ha venido á secundar vuestras intenciones, atestiguan la justicia de este acto, y prueban que está apoyado por la autoridad Real. Menos debo aun detenerme en probar la recta intencion de esta guerra, que es el tercer carácter de legitimidad. La conservacion de un Trono tan legítimo como he dicho, es la intencion con que se hace. Una Reina pacífica, una Reina amable, una Reina benéfica y virtuosa, deseaba reunir en derredor del Trono de su augusta Hija á todos los que tuvieran el nombre de españoles; á este fin se han dirigido todos sus desvelos desde el principio de su

reinado : de su boca no han salido sino decretos de reconciliacion y de paz ; los indultos se han sucedido, las gracias se han multiplicado, una indulgencia sin límites ha probado la rectitud de su intencion. ¡Cuántas veces se ha convidado á los enemigos con la paz! Aun ahora presumo, y debo presumir de su amable corazon y religiosos sentimientos, que admitiria la reconciliacion de sus enemigos, y derramaria sobre ellos todas las efusiones de su materno cariño. ¿Cómo puede atestiguarse mejor la belleza de su espíritu y la rectitud de su intencion? Solo pues me detendré en examinar los medios legítimos para obtener el fin : y ¿cuáles podrán ser estos? Solo hay uno en mi concepto, nobles Urbanos, uno solo que sea legítimo, que sea honroso, que sea conforme á la Religion ; uno solo, sí, el valor. Un valor semejante al que acreditaron los ilustres Macabeos, que no pudiendo sobrellevar las desgracias de su amada Patria, tomaron las armas con denuedo, y dijeron llenos de entusiasmo : «Mas vale morir en el combate, que presenciar el esterminio de nuestra Patria y santuario.» ¡Valor magnánimo, valor heroico, valor religioso! ¿Pero en qué consiste este valor? Este es el objeto de mi discurso. Una exhortacion al valor me ocupará con placer en este breve rato.

¡O valiente y denodada Milicia, cuyos abuelos tremolaron las banderas de la cruz en tierras muy remotas, y aseguraron las monarquías con su sangre! á vosotros se dirige mi discurso, y mi corazon, identificado con vosotros, se exhala á vuestra presencia llevado de un generoso deseo de contribuir á vuestra gloria. Si quereis ceñir vuestras sienes

con palmas y laureles, forme vuestra corona un valor acreditado con acciones bizarras y gloriosas. Voy á poner á vuestra vista las verdaderas señales del valor. Escuchad.

—

Fácilmente pudiera yo desempeñar mi cometido, si para escitar el valor en vuestros corazones quisiera hacer uso de aquellas nobles osadías que inmortalizaron á los mas briosos capitanes, y de que tantos rasgos nos ofrecen las historias antiguas. Yo pondria á vuestra vista el valor que encendia en fuego el corazon de Alejandro, y le daba alas para volar entre los mas poblados escuadrones de sus enemigos: yo os presentaria á Julio César navegando con seguridad en un mar irritado, sin temer el granizo de las flechas que sus contrarios disparaban contra él: yo os haria ver las ardientes llamas que brillaban en los ojos de Atila, cuando en el sitio de Aquilea, viéndose repentinamente embestido de gran número de soldados, por sí solo dió muerte á algunos de su mano, y ahuyentó á los demas con los resplandores que despedia su rostro: os manifestaria el valor de Scévola, cuando desemparado en una isla detuvo el ímpetu de la armada de los bárbaros....

Pero qué, señores, ¿seria propio de unos guerreros cristianos el valor de aquellos siglos bárbaros, que solo podia ser efecto de la fiereza natural en unos, y en otros de la educacion y de la costumbre? La fiereza natural he dicho, sí; porque cierto es que la naturaleza produjo hombres arriesgados, que los pintaba la antigüedad con el corazon

en las manos, rodeado todo de espíritus y de llamas; hombres de temperamento cálido, de corazon pequeño pero abrasado de ardores, con rostro lleno de terror y brazo fuerte; almas osadas, ajustadas precisamente á tales cuerpos; azotes de la humanidad, que prepara la Providencia de vez en cuando para castigo de los mortales. Y otros en quienes la educacion y la costumbre suplia lo que les negaba naturaleza; porque ¿cómo podian dejar de ser tales los pueblos de la India, que ponian á sus hijos sobre unas aves para levantarles en el aire, donde se asustaban á los principios, pero luego habituados despreciaban los mas grandes peligros? ¿Y los romanos que los tenian delante de los leones y los elefantes, en los anfiteatros donde la sangre de los gladiadores corria tan comunmente como el vino? ¿y otros que les llevaban al mar, para que presenciasen las mas deshechas tormentas, y los egercitaban en aquellas luchas donde aprendian á dar y recibir heridas, y á postrar hombres en tierra?

Lejos del cristianismo un valor tan inhumano y de tan fatales consecuencias. La naturaleza repugna, la política condena, la Religion detesta aquellos odiosos conquistadores, que nacieron para destruir la humanidad, cuyo furor de dilatar su imperio les convirtió en plagas de la tierra, y cuyo inflamado deseo de gloria les hizo sedientos de sangre humana. La Religion de Jesucristo, esa ley de paz, que no respira sino candor, caridad y beneficencia, no puede admitir á su consorcio el valor sino considerándole como virtud; y no como quiera virtud de puro adorno civil, sino virtud religiosa y de bellezas tan atractivas,

que merecieron elogios muy singulares en el antiguo Testamento, y fueron recomendadas en el Evangelio.

Pues ¿en qué consiste este valor religioso, preguntareis vosotros? El verdadero valor, cristianos, viene de Dios, y es efecto de una fe viva en la creencia de las verdades de la Religion; es una virtud que levanta al hombre á cosas sublimes, y le hace mirar las virtudes divinas como orígen de las suyas; es una virtud que ama la paz, pero que no rehusa el hacer la guerra; una virtud que no codicia las conquistas, pero que no se deja conquistar; una virtud que anhela por la pública tranquilidad, pero que sabe oponerse á los designios de un rival ambicioso; una virtud que prefiere la felicidad de los pueblos á la gloria de las armas, pero que las toma con denuedo cuando la justicia y la necesidad lo exigen; una virtud que prepara al hombre á morir en la victoria, ó á sobrevivir en la desgracia cumpliendo siempre con su deber; una virtud en fin que tiene por principio la seguridad de la Religion y de la Patria, y sabe sacrificar la vida en defensa de tan sagrados objetos.

La vida, sí, hermanos mios; no hay cosa alguna que un fiel ciudadano no deba posponer á la salud de la Patria y seguridad de la Religion. Bienes, fatigas, servicios, la vida misma he dicho es de la Religion y de la Patria. La Religion nos habla aquí con mayor energía que la ambicion, que el interes particular, que el amor á la gloria. En la Escritura santa se observa muchas veces, que en sintiéndose amenazado un estado se reunia todo Israel como si fuera un hombre solo. Las tribus que Gedeon y Jepte no quisieron conducir al combate, murmuran, se quejan agriamente de

que no se les da parte en la gloria de sus hermanos, de vencer y salvar el estado. Sacrifiquemos las vidas por nuestro Pueblo, decian los ilustres Macabeos: no permita Dios que huyamos del enemigo; exhalemos heroicamente el último aliento, y no mancillemos nuestra gloria: «mas vale morir en el combate, que ver la ruina de nuestro Reino y nuestro Templo.» En vano se moteja á la Religion diciendo que prohibe las pasiones, que son los agentes de las grandes empresas, y que la mansedumbre y la humildad, tan recomendadas en el Evangelio, destruyen el valor militar tan necesario para la salud de la Patria. Lejos está de conocer su espíritu el que esto dice: la Religion condena efectivamente el furor, el odio, el esceso de la venganza; pero la justa indignacion, el celo, el amor al órden, una caridad activa, son hijas muy queridas de la Religion: la magnificencia, la grandeza de alma, el amor á la verdadera gloria son representadas en la Escritura como otras tantas virtudes. La humildad y la mansedumbre, lejos de ser efecto de la pusilanimidad, son el dulce fruto de la sana razon, y de la verdadera fuerza de espíritu; la historia nos muestra los mas valientes guerreros entre los mas piadosos cristianos; su estrema devocion, dice un filósofo, aumenta su intrepidez: el cristiano piensa que la accion mas agradable á Dios es morir por obedecer á su Rey, y es preciso confesar, añade, que un egército compuesto de hombres de esta clase seria invencible. Con efecto, la Religion lejos de acobardar el ánimo lo tranquiliza; el que vive sosegado acerca de lo que espera despues de la muerte, no la teme tanto; una conciencia libre de culpa, mira

los peligros á sangre fria, y los desafía con calor cuando la obligacion le pone en ellos: nada hay que iguale al valor santo de un corazon que pelea á vista de su Dios, y que al mismo tiempo que defiende la causa de su Príncipe, honra á Dios y respeta su poder en el de su Soberano.

El mundo acaso entiende por valor un genio altivo, un corazon inquieto, un ardor que no se apaga sino con sangre, una ansia mal gobernada por la fama, un deseo de celebridad mal entendida, el anhelo de inmortalizarse en la memoria de los hombres, y cualquier accion que conduzca á conseguir una falsa y engañadora felicidad. Pero no nos engañemos, señores, el mundo suele formar muy falsas ideas de las cosas; las felicidades de la tierra nada valen atendida su fragilidad y corta duracion. ¡Qué nos ha quedado de aquellos hombres famosos que tanto brillaron en el universo! Apenas se dejaron ver un instante, y luego desaparecieron de la vista de los hombres: sabemos lo que fueron en aquel corto tiempo; pero ¿quién sabe lo que son en la region eterna de los muertos? El mundo les juzgó á su modo: el Dios de las venganzas pesó sus acciones desde lo alto de su tribunal: acaso aquellos grandes hechos, que tanto honor dan á su memoria, y enriquecen nuestros anales, son los principales motivos de su condenacion, y los mas infames borrones de su alma en la presencia de Dios. La Religion es la única, señores, que puede ofrecer al hombre la verdadera felicidad. La Religion es la garantía mas fuerte del valor: aquel acredita mas heroismo que tiene mas limpia la conciencia; el que fía en la proteccion del cielo no conoce el temor: aquel es mas

valiente, decia un filósofo del paganismo, que tiene mayor amistad con Dios. *Audatiores eos esse qui recte se habent erga divina*: y este principio está grabado en el corazon de todos los hombres, hasta de los gentiles y paganos.

No ha habido un solo conquistador entre ellos, que no haya tomado á la Religion por instrumento para sus mas arduas empresas; porque sabido es que hasta las naciones bárbaras han tenido una especie de religion militar, y mezclado el culto de ella con el uso de las armas. Las decantadas victorias de los antiguos godos, el valor de los griegos, el heroismo de los romanos, todo tuvo su orígen en la religion; que por eso los romanos se mostraban tan celosos de poner sus águilas y sus dioses al frente de sus legiones, y todos los Pueblos han escogido siempre lo mas sagrado de sus supersticiones, y pintado sus geroglíficos y figuras en sus estandartes. Los Emperadores se valieron de la religion para adelantar sus conquistas, y apaciguar los tumultos y sediciones que se levantaban en sus estados: todos los que han querido formar, criar y adelantar un estado, aun cuando en su corazon no hayan tenido la creencia de la religion, se han valido de ella para sus fines. Ahora pues, si sola la imaginacion de una falsa divinidad que, segun ellos, castigaba los malos hechos y recompensaba las proezas con un premio temporal, era bastante poderosa para hacer volar á los peligros legiones armadas; una Religion verdadera, como la nuestra, que promete tantas recompensas á la virtud, si está bien grabada en vuestros corazones ¿no ha de producir efectos admirables de valor? Y si no, decidme:

¿Por qué os parece que los israelitas en sus combates llevaban siempre delante la serpiente de metal? ¿Por qué Constantino, despues que se unió á la cruz, hizo levantar esta señal gloriosa de todas las Naciones en medio de sus egércitos? ¿Por qué nuestros Reyes en sus espediciones contra los infieles, iban á recibir el sagrado estandarte á los pies de los altares? y finalmente, ¿por qué os parece que en este dia plausible, consagra la Iglesia con oraciones de paz y caridad estos signos terribles de la disension y de la guerra? Permitidme que os lo diga, cristianos. Previó la sábia y amabilísima Religion, que el tumulto y agitacion de la guerra, podria servir de motivo á que los hombres olvidasen al Dios que preside en ella; porque en tiempo de desórden y turbulencia, hasta los súbditos mas fieles suelen verse arrastrados mal de su grado por el torrente de los partidos, como aquellos pilotos que sorprendidos por la tormenta en alta mar, pierden el rumbo que seguian, y se abandonan por algun tiempo al arbitrio de los vientos y de la tempestad; y la Religion previsora, quiso que tuviéreis este signo de la divinidad continuamente á la vista, para que os halláseis en la feliz imposibilidad de olvidarla. Quiere la Religion que tengais á la vista esa prenda inestimable que os legó el amor de Jesucristo, como el apoyo de vuestro valor y la garantía de vuestro triunfo. ¡Qué temor no se esfuerza, y qué aliento no se aumenta á presencia de tan soberano ausilio! Hablo de la cruz, Urbanos; de esa cruz soberana, que con placer de mi alma veo grabada en los emblemas de vuestro valor, como un signo demostrativo de vuestra fe y religiosidad. El es el mas firme apoyo del

valor. A su sombra tantos héroes de la milicia cristiana volaron del uno al otro polo como águilas, se lanzaron como truenos contra el egército de los sarracenos, y consumieron como fuego todo el poder enemigo de la cristiandad. ¡Cuántas veces esa insignia gloriosa levantó los ánimos abatidos, introdujo el espanto en los escuadrones de los infieles, y los puso en derrota y vergonzosa fuga! El convencimiento interior de esta verdad, es el que os ha de comunicar el valor, que no es otra la razon por que los egércitos cristianos escedieron siempre en valor y heroismo á todos los del mundo conocido.

Que se lean si no, las historias antiguas y modernas, que se examinen los hechos militares, que se pesen en ajustada balanza, y no se hallará ninguna hazaña de valor en las historias griegas y romanas, á la que no pueda contraponerse alguna admirable valentía de fuerza, no digo igual, sino sobrepujada por el valor de los cristianos. No desconozco, señores, el heroismo justamente elogiado de los griegos y los romanos: me asombra la lectura de los hechos de Xerges, de Alejandro, de César, de Pompeyo: me admira la multitud de Capitanes y Emperadores que deslumbraron el mundo con el brillo de su espada; pero ¿acaso peleaban con los cristianos? ¿Es posible que siendo tan pródigos en ponderar glorias agenas, seamos tan mezquinamente económicos en reconocer las propias? ¿Faltan jamas héroes guerreros en la Religion? No quiero hablaros de Moysés, de Josué, de David, de Ecequías, que fueron á la vez valientes soldados y grandes santos, no; los siglos cristianos han tenido sus héroes terribles al frente de los

egércitos, y humildes religiosos al pie de los altares.

Pues qué Constantino, aunque rezaba en el oratorio con los Obispos, ¿fue menos valiente contra Magencio, Maximiano y Licinio? Pues qué Teodosio, confiado en las oraciones de los monges, ¿ostentó menos valor contra Máximo y contra Eugenio? Pues qué Heráclio, por traer la imágen de nuestra Señora en sus manos, ¿fue menos héroe cuando en tres batallas consecutivas venció á Cósrroes, Rey de los persas? Pues qué Clodoveo ¿alcanzó efectos menos maravillosos cuando hacia marchar sus estandartes bajo la conducta y oraciones de S. Martin? Pues qué Carlo-magno, por haberse unido tan firmemente á los altares, ¿sintió menos valor en su brazo contra les lombardos, sajones y moros? Pues qué la multitud de héroes que han entrado en la escena militar en la sucesion de los siglos, ¿por ser católicos han ostentado menos su valor contra sus enemigos? y sobre todo en esta Nacion magnánima, en esta misma provincia, en aquellos dias de gloria, que todos hemos visto, y en que muchos de los que me escuchan han tomado parte, ¿no se acreditó el valor cristiano? El tiempo no me permite enumerar la multitud de rasgos heroicos egercidos por los españoles en obsequio de la Religion y de la Patria contra el aguerrido y numeroso egército del primer conquistador del mundo; pero España, la heroica y religiosa España, ¿no presentó á la faz de Europa un cuadro de admiracion, de gloria y de heroismo? ¿No hubo hasta mugeres que rivalizaron en gloria con las heroinas del antiguo Testamento? Pues este es el valor cristiano, un valor que echa sus raices en la piedad, que crece con la

virtud, y se corona con la gloria del triunfo. No hay que dudarlo, cristianos: no hay cosa tan fuerte, tan invencible, tan triunfante como un valor que marcha bajo las banderas de la Religion cristiana.

Y ¿cómo dejára de ser valiente un guerrero cristiano que está firmemente persuadido que es la voluntad de Dios que él obedezca á su Príncipe como á una divinidad sobre la tierra, y que sepultándose en la obligacion de esta obediencia sigue un camino muy seguro para la gloria eterna? ¿Cómo dejára de ser osado el que absuelto de sus pecados por la virtud del sacramento, se apoya firmemente en la creencia de la inmortalidad, y desembarazada la conciencia de la imágen de sus culpas, fija sus ojos en la Providencia, que vela en su proteccion, y elevando su espíritu contempla al Salvador del mundo á las puertas del cielo con los brazos cargados de recompensas, y en sus divinas manos flores inmarcesibles para adornar su triunfo? ¡Ah! ¡qué no hace entonces un cristiano! Permitidme, señores, un momento de entusiasmo en justo elogio del valor cristiano.

Entonces es cuando el cristiano guerrero penetra los batallones erizados de lanzas y espadas, descubre su euerpo al hierro, y su alma, imperturbable á las imágenes formidables de la muerte, la desafía con valentía inmortal: entonces es cuando el cristiano presenta un espectáculo de admiracion al mundo, constituido en una furiosa batalla como un rayo dentro de la nube, que oprimido de la prision, rompe todos los embarazos, vuela con alas de fuego, y dispara truenos para derribar las cimas de las rocas: entonces es cuando impávido asalta las murallas coronadas de

flechas y terrores, y la muerte misma muestra un semblante risueño al sepultarle en sus proezas como en el verdadero sepulcro del honor y de la virtud: entonces es cuando sus heridas respiran mas gloria que sangre, y la fama pregona por el mundo su victoria, y el regocijo de los pueblos libertados por su valor entonan canciones de triunfo, y las letras festivas le tributan aplausos y cantan himnos de gloria, y los astros se asombran, y el sol encantado se detiene, como dice la Escritura, á contemplar las proezas de un guerrero; y Dios mismo, enamorado de su valor, interesado por el triunfo de sus armas, ostenta el glorioso título de Dios protector de los egércitos.

¡Qué os dijera yo, señores, si tratára de pintaros los efectos del valor considerado en un cristiano fiel á su Dios y á su Patria, en un cristiano que, apoyado en la virtud, deposita su confianza en la divinidad! Interminable seria si hubiese de hablaros de un valor tan estenso, que supone la posesion de las mas altas virtudes; pero ni el tiempo lo permite, ni puedo yo, sin ofensa vuestra, exhortaros á la adquisicion de tales virtudes, cuando me confieso obligado á admirar en vosotros los dulces efectos que ellas anticipadamente producen. Sí, noble y virtuosa Milicia, lo digo con verdad; aunque este santo lugar me prohibe la lisonja, no me priva el derecho de ofreceros el tributo de una justa alabanza. Defraudaria yo á mi corazon de la generosa gratitud que le distingue, si no hiciera pública á la faz del mundo esta notoria justicia. Cuando os veo reunidos en el templo de vuestro Dios, no sé si debo admirar el ascendrado patriotismo que respira vuestro trage, la actitud

militar, y el aire marcial con que atestiguais el valor que os inflama, y dais muestras precoces del triunfo que os espera, ó venerar mas bien vuestra faz tranquila, y la serena frente donde reposa el juicio y la moderacion, que os ha merecido el público aprecio, y donde veo resplandecer entre celages el carácter de obediencia á las autoridades, que os honra, que os distingue, y que tantos dias de gloria tiene ofrecidos á esta afortunada capital.

Sí: si Valencia tiene la gloria de abrigar en su seno menos enemigos del Trono de ISABEL II que las demas provincias de España, debido es sin duda á vuestro noble comportamiento, vuestra inimitable sensatez, vuestra acreditada moderacion: vuestras virtudes cívicas y religiosas son el consuelo de la provincia, y la garantía mas segura de nuestra paz y tranquilidad. El amargo llanto que llega al trono del Eterno, y pide venganza contra los autores de la ferocidad egercida contra ciertas clases, que no puedo recordar sin amargura inconsolable, es en esta provincia un voto continuado, oraciones no interrumpidas que las mismas clases dirigen al Altísimo para la proteccion de la justa causa, y el aumento de vuestra prosperidad y vuestra gloria. ¿Y qué menos podia esperarse de vosotros, nobles Urbanos, batallones ilustres, compuestos de las clases mas laboriosas, mas nobles y distinguidas de la sociedad? Vosotros que sacrificais vuestro descanso, vuestros placeres, y aun vuestras necesidades, cuando os interesa la obligacion del servicio; vosotros que, siempre alerta al grito de la Patria, ensordeceis al clamor de vuestras esposas, y olvidados del llanto de vuestros hijos queridos, marchais veloces á conso-

lar agenas desgracias; ¿cómo dejareis de ser religiosos? ¿cómo no sereis fieles á vuestra legítima Reina? ¿cómo dejareis de secundar las miras de un gobierno benéfico y protector? ¿cómo resistireis al egemplo encantador de las autoridades, que por fortuna se disputan la primacía en patriotismo, en probidad y buen acierto? y sobre todo, ¿cómo dejareis de corresponder á los nobles sentimientos del patriota y valiente General, de quien recibís inmediatamente las órdenes, como de vuestro propio gefe, y que cuenta con vosotros para la paz y tranquilidad de la provincia? No temo escederme, señores, si conociendo la sinceridad de su corazon, pongo en su boca las mismas palabras que en tiempos mas felices dirigió á sus soldados un valiente General, cuya probidad le hacia adorable de sus súbditos: «Sabed, les dijo, que yo he venido á pelear con las armas de la Religion y de la justicia, sin las cuales no podemos aguardar victoria ni felicidad. Yo quiero que mis soldados tengan las manos limpias para matar al enemigo, y no consentiré en mi egército persona alguna que manche sus dedos con sangre inocente, aunque sea un rayo para la guerra. Yo quiero que mis soldados se hagan ricos de los despojos del enemigo; pero no de las lágrimas de los débiles, ni de los clamores de los pueblos. El valor no sirve de nada, si no va acompañado de la equidad.» Basta ya, señores, y concluyo.

Siendo tan nobles vuestros sentimientos, tan justa la causa que defendeis, tan pública la autoridad del Príncipe, como recta su intencion, y sobre todo siendo tan heroico y cristiano vuestro valor; ¿cómo podeis dudar del éxito? Preciso es

que Dios proteja una causa de tan noble carácter, y se recompense vuestra virtud con la seguridad del triunfo mas glorioso. Implorémoslo pues al poderoso Dios de los egércitos. Pero antes de implorar el triunfo de la guerra, permitidme que yo me acerque á nuestro Dios con sentimientos de paz. A diferencia de los romanos que desterraron fuera de los muros de la ciudad el templo de la quietud, protestad vosotros á los pies de los altares que, como cristianos, deseais la paz, y que solo haceis la guerra porque lo exige la necesidad y la justicia.

Sí, la paz, Dios mio, sí; dignaos pacificar este Reino siempre privilegiado de vuestra proteccion; oid los tristes clamores de vuestros fieles españoles; dulcificad las amarguras que esta guerra sensible, cruel y desoladora ofrece á sus corazones; muévaos á clemencia la desolacion de tantas ciudades y provincias; muévaos á piedad la perdicion de tantas almas, y evitad, Señor, las profanaciones que las guerras traen consigo á vuestra santa Iglesia. Escuchad, Dios mio, los clamores de tantos sacerdotes que lloran entre el vestíbulo y el altar, y no sean vanas á vuestra presencia las lágrimas de tantos pueblos que gimen oprimidos por el desórden y la confusion mas desastrosa. La España, la desgraciada España, esta Nacion católica por esencia, unida siempre en una misma fe, alimentada con la misma esperanza, y robustecida por la misma caridad, yace dividida y destrozada: unos son de Pablo, otros son de Cefas, y muy pocos de Vos, Dios mio: derramad pues sobre nosotros el espíritu de vuestra union, sellad nuestros rostros con el dulce ósculo de vuestra paz, que nos haga una mis-

ma cosa con Vos. Y si es que nuestros pecados todavía provocan vuestra indignacion, y habeis determinado en vuestra ira que apuremos la amargura de este cáliz, sujetándonos á las calamidades de esta guerra desoladora, en tal caso ¡ó Dios de los egércitos! infundid el valor de vuestro brazo sobre estos valientes é ilustres Macabeos; estended vuestra mano protectora sobre estas sagradas Banderas; santificadlas con vuestra bendicion; cubrid con el manto de vuestra proteccion á los ilustres batallones y escuadrones que las presentan hoy á los pies de vuestros altares; repeled con vuestra mano poderosa los dardos de sus enemigos; dadles un ángel tutelar que los acompañe siempre en la victoria; haced que esperimenten su cristiano valor todos los enemigos de su gloria; y por fin, Señor, aceptad benignamente el voto solemne con que juran hoy á vuestra presencia morir antes en el combate, que ver el esterminio de su Patria y Santuario.

---

362 pts